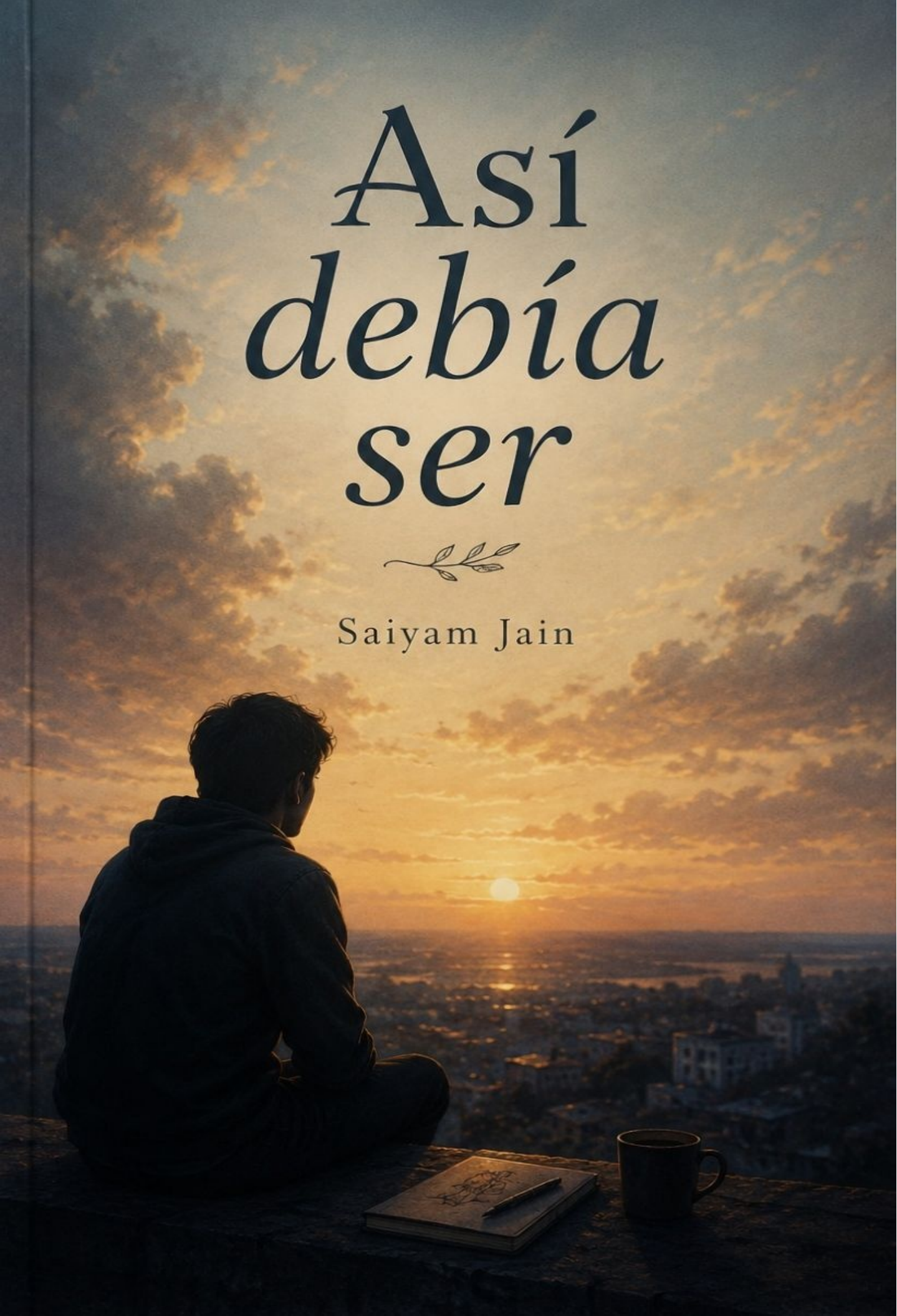
Así debía ser

Saiyam Jain



Sobre esta edición

Traducción independiente de Fernando Guzmán, 2026.
Edición sin fines de lucro, únicamente con propósito cultural y divulgativo.
La edición original fue compartida por el autor en Internet Archive el 2 de mayo de 2026 en idioma hindi.
Portada realizada mediante inteligencia artificial por el traductor.

Prohibida su venta

¡Feliz lectura!

Prólogo

A menudo consideramos exitosas aquellas historias en las que dos personas terminan juntas. Pero, ¿qué ocurre con esas otras historias que, aun quedando inconclusas, transforman por completo la vida de alguien?

Esta es la historia de Vivaán. Un joven que habitaba en un océano de palabras, pero que no tenía ni una sola gota para expresarse. Su silencio no era una debilidad, sino su propio universo: un espacio donde no reconocía a las personas por su ruido, sino por el brillo de sus ojos y por esos hábitos que nunca se dicen en voz alta.

En algún punto del camino, todos encontramos a alguien que nos enseña a no temerle a nuestros silencios, sino a amarlos. Para Vivaán, esa persona fue Inaya. Inaya: quien llegó como la luz del sol y llenó con su claridad los rincones más oscuros de su mundo.

Pero esta no es solo una historia de amor no correspondido. Es la historia de un dolor que no nos destruye, sino que nos moldea. Es la historia de una esperanza que, después de perder, se transforma en serenidad.

A menudo, aquello que creemos nuestro destino no es más que un camino para encontrarnos a nosotros mismos. El viaje de Vivaán comenzó hacia Inaya, pero terminó en su propio interior.

Este libro está dedicado a todos aquellos que permanecen en silencio entre la multitud, que sienten profundamente pero no logran decirlo. Es el eco de páginas que nunca fueron leídas y de un amor que jamás encontró palabras.

— Sanyam Jain

Capítulo1: El chico silencioso

El tercer piso de la biblioteca del colegio era el rincón favorito de Vivaán. Desde la ventana se alcanzaba a ver un viejo árbol de baniano, y en el aire flotaba ese aroma terroso de los libros que le brindaba más calma que cualquier café de cafetería. Vivaán, un joven de 22 años, era de esos cuya quietud muchos confundían con timidez. Pero en realidad, a él le gustaba más *escuchar* las conversaciones que sostenerlas, y *leer* a las personas. Era de los que no hacen ruido al entrar a una habitación, sino que se sientan en un rincón y observan la energía del lugar.

Para Vivaán, el mundo era como una película en movimiento. Solía descifrar el estado de ánimo de los demás a partir de sus gestos y del brillo en sus ojos. Mientras otros chicos del colegio se entretenían hablando de empleo, deportes o citas, él solía estar dibujando algunos bocetos en su cuaderno o leyendo algún poema de un viejo poeta.

Su silencio no era una debilidad, sino una elección. Sabía que era distinto a la mayoría, y no le incomodaba en lo absoluto.

"La gente confunde el ruido con la vitalidad, pero a veces las cosas más importantes se dicen en esos momentos en que la lengua guarda silencio." — una nota de Vivaán.

La puerta de la biblioteca se abrió y entró Kabir. Kabir, su amigo de la infancia, era completamente opuesto a él: vivaz, bromista y de los que se toman todo a la ligera.

—¡Vivaán! ¿Otra vez enterrado en esos libros amarillentos? Vamos afuera, hermano, el sol está brillante y hoy hay un ambiente distinto en la cafetería —dijo en voz baja (porque en la biblioteca no se permitía hacer ruido).

Vivaán cerró su libro y sonrió suavemente. Su sonrisa tenía una calma particular.

—Puede que los libros estén amarillos, Kabir, pero lo que dicen sigue siendo fresco. Pero está bien… vamos a probar ese “fresco” té de tu cafetería.

Ambos caminaron por el pasillo hacia abajo. Mientras avanzaban, Vivaán prestaba atención a cada pequeño detalle: amigos riendo sentados en las escaleras, viejos carteles pegados en la pared y las líneas de luz que entraban por las ventanas. Estaba cómodo en su mundo. No le preocupaba lo que los demás pensaran de él; simplemente vivía el momento.

Apenas pusieron un pie en la cafetería, una oleada de ruido los envolvió. Kabir se unió de inmediato a su grupo, pero Vivaán eligió una mesa junto a una columna.

Apenas se había sentado cuando percibió que el ambiente a su alrededor se volvía ligeramente inquieto. Las voces altas de los chicos bajaron un poco, y las risas de las chicas se intensificaron. Vivaán ajustó sus lentes y levantó la mirada.

Frente a él, Inaya entraba al lugar.

La presencia de Inaya en el colegio era como arrojar una piedra en un lago tranquilo. Entró riendo junto a sus amigas. Vivaán notó que en su forma de caminar había una especie de libertad, como si no pisara el suelo, sino que flotara en el aire. Ya la había visto antes muchas veces, pero hoy era distinto. Hoy, su silencio parecía haber encontrado un desafío.

No sintió inquietud, ni miedo. Si embargo, una profunda curiosidad llamó a la puerta de su mente.

Capítulo 2: La primera mirada

El té sobre la mesa de la cafetería ya se había enfriado, pero la atención de Vivaán no estaba en la taza. Sus ojos permanecían fijos en aquella entrada por donde, unos instantes atrás, había entrado Inaya.

La presencia de Inaya era como una ráfaga de aire fresco que hace vibrar las cortinas de una habitación cerrada. Estaba rodeada por tres amigas, y aun así, su brillo sobresalía entre todas. Llevaba un kurta amarillo, y su cabello caía suelto sobre los hombros, moviéndose con una cadencia suave en cada uno de sus gestos.

Vivaán notó cuán contagiosa era su energía. Hablaba con la misma calidez tanto con el anciano empleado de la cafetería como con sus amigas. En su manera de expresarse había una naturalidad que a Vivaán le resultaba completamente ajena.

"Hay personas que llegan a este mundo para recordarnos que la vida también puede vivirse sin cargas." —pensó para sí.

A menudo, Vivaán sentía que la gente llevaba múltiples máscaras para ocultar lo que siente. Pero Inaya… su rostro era como un libro abierto. Cuando reía, las comisuras de sus ojos se contraían levemente; cuando escuchaba con atención, sus cejas se elevaban apenas.

Entonces ocurrió algo que Vivaán no esperaba. Inaya avanzaba con sus amigas hacia su mesa, ubicada a apenas un par de pasos de la suya. En medio de la caminata, su risa se detuvo por un instante mientras acomodaba un mechón suelto detrás de la oreja. En ese preciso momento, su mirada, sin proponérselo, se cruzó con la de Vivaán.

Vivaán no apartó los ojos. No era un intruso, solo un observador. Por unos segundos, el tiempo pareció detenerse. En los ojos de Inaya apareció un destello de curiosidad—quizá se preguntó por qué aquel chico la observaba con tanta profundidad, o tal vez, por primera vez, notó su presencia.

Inaya esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible—esa sonrisa formal que se ofrece a los desconocidos—y siguió su camino.

—Hermano, te quedaste congelado. ¿Qué estás viendo? —dijo Kabir, chasqueando los dedos frente a él.

Vivaán tomó una respiración profunda y dio un sorbo a su té frío.

—Nada, Kabir… solo pensaba en lo… difíciles de describir que pueden ser algunas personas.

Kabir soltó una risa.

—¿Hablas de Inaya? Sí, claro, es como el latido de todo el colegio. Es la presidenta de la sociedad de literatura, hace teatro y dicen que pinta increíble. Pero ¿por qué piensas en ella? Es como un ave que vuela entre las nubes… y tú… tú eres más bien como un viejo baniano, echando raíces en la tierra.

Vivaán sonrió. Kabir tenía razón, pero no del todo.

—Incluso el baniano contempla las nubes, ¿no crees?

Esa tarde, cuando Vivaán regresó a su habitación en el hostal, tenía algo nuevo en qué pensar. No se había enamorado de Inaya—no era alguien que cayera en el amor tan fácilmente. Simplemente se había sentido atraído por esa *luz* que ella parecía llevar consigo.

Abrió su diario y, por primera vez, intentó dibujar el rostro de alguien. Comenzó por los ojos… y luego trazó ese brillo que había visto en ellos dentro de la cafetería.

Capítulo 3: Del nombre al recuerdo

Los días siguientes trajeron para Vivaán una extraña tensión interior. Seguía siendo el mismo joven silencioso, pero ahora tenía un "objetivo". No, su objetivo no era hablar con Inaya, sino comprenderla desde la distancia; aquello se había convertido en un nuevo hábito.

Inaya era la presidenta de la sociedad de literatura, y Vivaán sentía una profunda afinidad por las palabras. Ese era un terreno compartido donde ambos podían coincidir; sin embargo, él no estaba dispuesto a abandonar tan pronto su identidad silenciosa.

En la biblioteca del colegio, había una sección donde se guardaban antiguos libros de literatura, un lugar casi siempre envuelto en silencio. Vivaán buscaba una vieja obra de Manto cuando notó que, al otro lado del pasillo, alguien subía por una escalera intentando alcanzar el estante más alto. Era Inaya.

Ese día llevaba un dupatta azul que, entre los estantes cubiertos de polvo, parecía una flor recién abierta. Intentaba sacar un libro pesado, pero la escalera se tambaleaba ligeramente. Vivaán pudo haber seguido de largo, pero su naturaleza lo hizo detenerse.

—El libro de la izquierda está atorado. Intenta moverlo un poco hacia la derecha primero —dijo, y su voz resonó en el silencio de la biblioteca.

Inaya se detuvo. Miró hacia abajo. En sus ojos apareció la misma curiosidad que él había visto en la cafetería. Siguió su indicación y el libro salió con facilidad. Bajó de la escalera y soltó un suspiro profundo.

—¡Gracias! Pensé que hoy ese estante iba a acabar conmigo —dijo riendo. Su risa no tenía nada de artificial—. Tú… eres el que siempre se sienta en la mesa del rincón, ¿verdad? Tanto en la cafetería como aquí.

Vivaán asintió levemente.

—Sí. Y tú eres la que lleva ruido y luz a donde quiera que va.

Los ojos de Inaya brillaron. No esperaba una respuesta tan directa y, al mismo tiempo, tan profunda de aquel “chico silencioso”.

—No sé si luz… pero del ruido los profesores sí se quejan —respondió con una sonrisa—. Por cierto, soy Inaya.

—Vivaán —dijo él, simplemente. Sintió que con su nombre bastaba.

—Vivaán… es un nombre con profundidad —comentó ella, abrazando el libro contra su pecho—. Oye, ¿por qué no formas parte de la sociedad de literatura? Kabir me contó que escribes muy bien.

A Vivaán le sorprendió saber que Kabir había hablado de él.

—Escribo… pero no para ser leído en voz alta. Hay cosas que solo funcionan entre el papel y la pluma.

Inaya lo observó con atención, como si intentara descifrar un enigma.

—Tal vez crees que el mundo no te entendería. Pero a veces es necesario hablar, para que los demás sepan qué hay detrás del silencio. En fin… gracias por la ayuda.

Se despidió con un gesto de la mano y se marchó. Vivaán permaneció allí, inmóvil. Al irse, Inaya había dejado una idea flotando en su mente. Ahora ya no era solo “una chica”; era Inaya: un nombre al que comenzaba a unirse un recuerdo.

Esa noche, Vivaán escribió en su diario:

"El nombre es apenas una etiqueta; la verdadera identidad está en la huella que dejamos en los demás. Hoy pronunció mi nombre… y por primera vez, sentí que tenía sentido."

Capítulo 4: Hábitos no contados

Después de aquella primera conversación con Inaya, la geografía del colegio cambió para Vivaán. Ahora sabía a qué hora ella iba a la biblioteca, en qué momento se dirigía al auditorio para los ensayos de teatro, y cuál era ese instante del día en que se sentaba sola, apartada de sus amigas, a perderse en sus pensamientos.

No era una persecución; para Vivaán, era como descifrar los versos de un poema. La observaba para comprender esa *libertad* que habitaba en su forma de ser.

Una tarde, cuando el colegio estaba casi vacío, Vivaán se asomó por la puerta trasera del auditorio. En el escenario, Inaya estaba sola. No había música, no había público. Tenía los ojos cerrados y repetía algunas líneas en voz baja.

Vivaán se sentó en silencio en una de las últimas filas, envuelto por la penumbra.

Las manos de Inaya se movían en el aire como si tejiera una historia invisible. De pronto, se detuvo y soltó una risa breve.

—No, Inaya… esa emoción es demasiado débil. ¡Otra vez! —se reprendió a sí misma.

Vivaán la observaba, fascinado. Aquella chica que afuera parecía tan luminosa y despreocupada, en soledad era exigente consigo misma. Su entrega a su arte era absoluta.

Sacó su diario y comenzó a escribir bajo la tenue luz. Anotó esos pequeños hábitos de Inaya que quizá ni sus amigos más cercanos conocían:

El té y los pensamientos: cuando se sumía en una reflexión profunda, sostenía la taza sin beber. Para cuando daba el primer sorbo, el té ya estaba frío.

El gesto con los libros: antes de leer un libro nuevo, lo acercaba a su rostro y percibía su aroma… exactamente igual que él.

La señal del desacuerdo: cuando algo no le convencía, entrecerraba ligeramente el ojo derecho.

Vivaán sintió que, pese a ser tan distintos, había algo en lo que se parecían profundamente. Él escondía sus emociones en palabras; ella, en la actuación.

De pronto, la mirada de Inaya se posó en la figura sentada al fondo. Parpadeó, intentando reconocerla.

—¿Vivaán? ¿Sigues aquí?

Había sido descubierto. Pero no se alteró. Se levantó con calma y se acercó al escenario.

—Solo estaba viendo cuánto trabajo hay detrás de una actuación.

Inaya se sentó en el borde del escenario, dejando colgar las piernas.

—No es trabajo, Vivaán… es un intento de encontrarse a uno mismo. A veces siento que sobre el escenario soy más sincera que en la vida real.

Luego extendió la mano hacia él.

—A ver, ¿qué estabas escribiendo?

Por primera vez, Vivaán dudó.

—Son… solo algunas notas. Sobre tus *hábitos no dichos*.

Inaya tomó el diario y hojeó algunas páginas. Su sonrisa se desvaneció poco a poco, dando paso a una sorpresa profunda.

—¿Notaste todo esto? ¿Que dejo enfriar el té antes de beberlo? Vivaán… muchos me miran, pero muy pocos realmente *ven*.

Esa noche, cuando regresó a su habitación en el hostal, Vivaán comprendió que había tocado una parte de Inaya que ella mantenía oculta del mundo. Aquello era más que amistad… pero aún era pronto para llamarlo amor.

Capítulo 5: El miedo del corazón

A medida que los encuentros entre Vivaán e Inaya se hacían más frecuentes, un extraño ruido comenzó a instalarse en la mente serena de Vivaán. Ese ruido tenía un nombre: miedo.

Para él, todo aquello era nuevo. Siempre había mantenido su mundo encerrado en una caja de cristal, donde las emociones podían entrar, pero no alcanzaban a herirlo. Sin embargo, ahora Inaya había abierto una grieta en esa caja. Vivaán empezó a sentir que, cuanto más se acercaba a ella, más se exponía a perderse a sí mismo.

Aquella tarde, en la cafetería, estaba sentado en su mesa de siempre, pero su atención no estaba en los libros. Inaya reía con sus amigas en la mesa contigua. En un momento, miró hacia él y le hizo un gesto con la mano. Vivaán respondió apenas con una leve inclinación de cabeza.

Y ahí comenzó el mecanismo de su mente.

"¿Debí haberme acercado? ¿Habrá parecido descortés que solo asentara? ¿Pensará que soy aburrido? Quizá una chica como Inaya no disfrutaría por mucho tiempo la compañía de alguien tan callado como yo…"

Ese lado de Vivaán era su mayor debilidad. Le aterraba que, el día en que Inaya descubriera la *simpleza* que se escondía tras su silencio, decidiera alejarse. Siempre había considerado su silencio como un escudo, pero ahora temía que se convirtiera en la muralla más grande entre ambos.

Kabir, que sabía leer sus ojos, se sentó frente a él.

—Vivaán, estás aquí sentado, pero tu mente anda dando vueltas en otro mundo. ¿Qué pasa?

—Nada, Kabir… solo pensaba que hay cosas que se disfrutan más a la distancia. Cuando te acercas, pierden su encanto —respondió con voz incierta.

Kabir lo interrumpió:

—Otra vez estás haciendo lo mismo. Temes el final incluso antes de que algo comience. Mira, Inaya no es un acertijo que tengas que resolver. Es una persona. Si habla contigo, es porque le agradas. No lo conviertas en algo tan complicado.

Vivaán guardó silencio. ¿Cómo explicarle que, para él, ser apreciado por alguien se sentía como una enorme responsabilidad?

Esa tarde, en la biblioteca, Inaya se acercó a él.

—Vivaán, mañana por la tarde habrá una pequeña reunión de la sociedad de literatura. Me gustaría que vinieras.

El miedo dentro de Vivaán respondió de inmediato.

—Inaya… yo… en ese tipo de lugares me siento un poco fuera de lugar. Las multitudes, la gente desconocida… no creo encajar.

Por un instante, una sombra de decepción cruzó los ojos de Inaya, y Vivaán la notó de inmediato.

—Pero yo no soy una desconocida, ¿verdad? —preguntó ella en voz baja.

Vivaán no supo qué decir. No quería herirla, pero su miedo lo retenía.

—Iré… lo intentaré —respondió finalmente.

Esa noche, escribió una sola línea en su diario:

"El miedo no es que ella me abandone; el miedo es que llegue a conocerme… y descubra que no soy quien imaginaba."

Capítulo 6: La ilusión de la amistad

Vivaán asistió a aquella reunión. Permaneció de pie en un rincón oscuro del auditorio, sosteniendo un vaso de papel en el que ya había más hielo derretido que refresco. Inaya era el centro de todo: reía, estaba rodeada de gente y hacía que cada persona a su alrededor se sintiera especial.

Desde lejos, lo vio. Atravesó la multitud hasta llegar a él.

—¡Viniste! Pensé que no saldrías de tu “fortaleza de libros” —dijo con una sonrisa traviesa.

Vivaán sonrió levemente.

—Las murallas de la fortaleza estaban un poco debilitadas.

Esa noche hablaron durante horas. Aun estando rodeados de gente, parecía que habitaban una isla aparte. Inaya le contó historias de su infancia, y Vivaán le habló de poemas que nunca había compartido con nadie. Por primera vez, sintió que quizá Kabir tenía razón: no hacía falta complicarlo todo. Aquello era amistad… y era algo hermoso.

Las semanas siguientes pasaron como envueltas en una suave neblina. Vivaán e Inaya comenzaron a verse juntos con frecuencia.

—Se sentaban juntos en la biblioteca (aunque a veces Inaya se quedaba dormida mientras leía, y Vivaán la observaba en silencio hasta que despertaba).

—Tomaban té en la vieja entrada trasera del colegio.

—Caminaban sin rumbo por largos senderos, sin necesidad de un destino.

Vivaán había convencido a su mente de que aquello era solo *amistad*. La palabra “amistad” se convirtió en su escudo protector. Mientras

aquello fuera amistad, el miedo a perder era menor. Mientras fuera amistad, Vivaán no tenía que rendir cuentas a sus propios sentimientos.

Pero… ¿realmente era solo amistad?

Era el atardecer en la azotea del colegio. El cielo se teñía de tonos naranja y violeta. Inaya estaba apoyada en la barandilla, y Vivaán permanecía un paso detrás de ella.

—Vivaán, ¿por qué a veces te quedas tan callado? —preguntó de pronto, girándose hacia él. La luz del atardecer brillaba en sus ojos.

—Solo… estaba pensando —respondió, evitando su mirada.

—¿En qué?

—En que… somos muy distintos. Tú eres como un libro abierto que todos quieren leer. Y yo soy como ese libro que alguien dejó olvidado en el estante más alejado de la biblioteca.

Inaya se acercó. Lo suficiente como para que Vivaán pudiera sentir el calor de su respiración.

—¿Sabes, Vivaán? Los libros que están al frente suelen ser hojeados y dejados de lado. Pero los que están ocultos… solo los busca quien de verdad ama leer.

Luego posó su mano sobre la de él. Fue un contacto de apenas un segundo, pero una corriente recorrió todo el ser de Vivaán.

Esa noche no pudo dormir. Miraba una y otra vez su mano, el lugar donde Inaya lo había tocado.

Intentó convencerse:

"Es normal… así son los amigos. Los amigos se toman de la mano. Los amigos se elogian."

Pero en el fondo sabía que la palabra *amistad* comenzaba a quedarse corta. Vivía en una ilusión donde creía estar a salvo, cuando en

realidad avanzaba por una pendiente de la que ya no era posible regresar. Inaya ya no era solo una parte de su vida… se había convertido en su centro.

En su diario, esa noche escribió:

"La amistad es un hermoso velo tras el cual solemos esconder sentimientos que no nos atrevemos a aceptar. Soy feliz detrás de ese velo… porque si se levanta, quizá la luz termine por herir mis ojos."

Capítulo 7: El inicio de la esperanza

Los preparativos para el festival anual del colegio, el *Udaan*, estaban en pleno apogeo. Todo el campus vibraba con listones de colores, carteles y ecos de ensayos. Vivaán, que siempre evitaba ese tipo de bullicio, esta vez se encontraba justo en el centro de él. La razón era clara: Inaya.

Ella había insistido en que el monólogo principal de la obra de la sociedad de literatura lo escribiera Vivaán. Al principio se negó, pero ante la mirada de Inaya—llena de una confianza silenciosa—terminó cediendo.

Hasta entrada la noche, ambos se sentaban en el césped detrás del auditorio, trabajando en el guion. Vivaán escribía, e Inaya le daba vida con su voz.

—Vivaán, ¿qué tienen tus palabras que llegan tan directo al corazón? —preguntó ella, cerrando su cuaderno.

Él la miró. Estaba sentada sobre la hierba, con la tenue luz de la luna dibujando su rostro.

—Tal vez porque escribo lo que no puedo decir. En el papel, mentir es difícil.

Inaya sonrió y rozó su hombro.

—Me alegra que estés saliendo poco a poco de tus murallas. ¿Sabes? Cuando no estás, siento como si algo faltara.

"Como si algo faltara."

Esas cuatro palabras agitaron algo profundo en Vivaán. Aquella parte de él que solo conocía el miedo comenzó a pensar en otra dirección. ¿Y si Inaya sentía lo mismo? ¿Y si realmente había aceptado su silencio?

La esperanza es algo peligroso. Puede apartarte de las verdades que están justo frente a ti. Vivaán comenzó a creer que quizá era suficiente. Que no necesitaba cambiar, que Inaya lo aceptaba tal como era.

Empezó a notar cosas:

—Inaya, en medio de todos, solía levantarse y sentarse a su lado.
—Le confiaba pequeñas preocupaciones, desde discusiones familiares hasta inquietudes sobre la obra.
—Le regaló un pequeño separador hecho a mano, con la frase: *“Para el chico que escucha a las estrellas.”*

Esa noche, Vivaán escribió en su diario:

"Por primera vez siento que tal vez la historia no terminará como siempre temí. Quizá la oscuridad y la luz también pueden encontrarse. ¿Será posible que me mire como yo la miro?"

Comenzó a tejer sueños sobre un futuro con ella: lugares a los que la llevaría, libros que leerían juntos. Su confianza crecía, pero estaba sostenida no por certezas, sino por su propia esperanza.

No se daba cuenta de que, para Inaya, aquello era una amistad profunda… mientras que para Vivaán era su único mundo.

El aire de la tarde se había vuelto frío, pero el corazón de Vivaán ardía con una nueva calidez. Sentía que ya no estaba solo. Sin embargo, las páginas de la historia estaban a punto de cambiar… y la realidad aguardaba con toda su fuerza.

Capítulo 8: Ella es de otro

La noche del festival *Udaan* finalmente llegó. El auditorio brillaba bajo las luces. Por primera vez, Vivaán había puesto especial cuidado en su apariencia: llevaba una camisa negra que Kabir, con insistencia, había logrado convencerlo de usar.

La obra que él había escrito estaba por comenzar. Tras bambalinas, Inaya estaba nerviosa, revisando su guion una y otra vez. Vivaán se acercó y le habló con suavidad:

—Lo harás muy bien. Solo dilo como cuando lo leíamos en el césped.

Inaya tomó su mano con firmeza.

—Si tú estás aquí, no tengo miedo.

La obra fue un éxito. Cuando cayó el telón, el auditorio estalló en aplausos. Vivaán la observaba con orgullo mientras ella saludaba al público desde el escenario. Pensó que ese sería el momento de decirle lo que sentía. Esperó a que bajara.

Pero Inaya no corrió hacia él.

Sus ojos buscaban a alguien más.

Entre la multitud apareció un joven alto, pulcro y seguro de sí mismo. Su nombre era Ansh. No era profundo ni silencioso como Vivaán; era claro, directo. Cuando llegó junto a Inaya, su rostro se iluminó de una forma que Vivaán nunca había visto… una luz reservada para alguien especial.

Desde detrás de una columna, Vivaán lo observaba todo.

—¡Ansh! Viniste. Pensé que no podrías por el partido —dijo Inaya, casi cantando de emoción.

—¿Cómo iba a perderme tu obra? —respondió él, sonriendo, mientras apoyaba con naturalidad una mano sobre su hombro.

Inaya no se apartó. Al contrario, se acercó más.

El corazón de Vivaán pareció detenerse. Como si un balde de agua helada hubiera caído sobre él. Aquello que él había considerado un gesto íntimo y especial… para ella era algo natural.

En ese momento, Kabir se acercó. Miró sus ojos vacíos y comprendió.

—Vivaán… él es Ansh. A Inaya le gusta desde hace dos años. Incluso antes de entrar al colegio. Hoy él iba a declararse.

Las palabras resonaban distantes:

"Le gusta."
"Desde hace dos años."
"Están cerca."

La esperanza que había crecido en Vivaán durante días ahora pesaba como una carga. Su camisa negra, su obra, incluso su propia existencia le parecieron de pronto insignificantes. Comprendió que Inaya nunca lo había mirado de esa forma. Para ella, era solo un buen amigo… alguien que escuchaba, que comprendía, pero que no era *ese alguien*.

Ansh no era un villano. Era una buena persona, sencilla y clara. Y quizá eso era lo que Inaya necesitaba… no la complejidad silenciosa de Vivaán.

Vivaán se quitó los lentes y frotó sus ojos. Sin decir nada, sin despedirse, salió por la puerta trasera del auditorio. Ni el aire frío de la noche logró calmar el ardor que sentía por dentro.

Esa noche, no abrió su diario. Temía que, si escribía, hasta el papel se consumiría con su amargura.

La verdad no era que Inaya lo hubiera traicionado.
La verdad era que Vivaán se había engañado a sí mismo.

Capítulo 9: Romperse, sin hacer ruido

El césped detrás del auditorio, donde unos días antes Vivaán e Inaya habían leído el guion bajo la luz de la luna, ahora estaba sumido en la oscuridad. Vivaán estaba sentado en una banca. A lo lejos se escuchaba la música del festival del colegio, que ahora le resultaba hiriente, como un ruido que incomoda.

Dicen que el dolor más profundo es aquel que no tienes derecho a expresar. Vivaán no podía gritarle a Inaya, ni culparla. Ella nunca le prometió amor. Solo le ofreció su amistad.

Sacó del bolsillo el separador que Inaya le había regalado: *"Para el chico que escucha a las estrellas."* Lo observó con detenimiento. Una risa amarga asomó en su interior, dirigida a su propia ingenuidad, a sus propias esperanzas. Él, que se creía capaz de observarlo todo, no había sido capaz de ver la verdad más evidente de su propia historia.

Esa noche regresó a su habitación en el hostal y se quedó sentado en la oscuridad. Kabir entró, encendió la luz y se detuvo al verlo. No había lágrimas en los ojos de Vivaán, pero aquella luz que había florecido en ellos durante semanas… había desaparecido.

—Vivaán… lo que pasó no es tu culpa —dijo Kabir, sentándose a su lado.

Vivaán respiró hondo.

—Tampoco es culpa de Inaya. La culpa es de la esperanza que alimenté sin fundamento. Pensé que si alguien me comprendía, también me amaría. Pero comprender y amar… son caminos distintos.

La semana siguiente fue una prueba. Iba al colegio, pero como una sombra. Caminaba por los mismos pasillos, se sentaba en las mismas clases, pero su mente no estaba allí.

Comenzó a evitar a Inaya.

Si la veía en la cafetería, él se dirigía a la biblioteca.

Si ella le escribía—"*¿Dónde estás? ¿Hoy no nos vemos para el té?"*—respondía horas después, con frialdad: *"Estoy ocupado."*

Inaya, desconcertada, comenzó a inquietarse. Pensó que quizá Vivaán atravesaba algún problema personal. Una tarde logró encontrarlo cerca de la biblioteca.

—¡Vivaán! ¿Qué pasa? ¿Por qué estás huyendo? Desde la obra casi no has hablado conmigo. Ni siquiera conociste bien a Ansh, preguntó por ti —dijo con inocencia.

Dentro de Vivaán surgió un grito—"*¡No me hables de Ansh!"*—pero por fuera solo hubo una sonrisa tenue.

—Nada, Inaya… solo tengo mucho trabajo. Y Ansh… es un buen chico. Ustedes dos hacen buena pareja.

Al pronunciar esas palabras, sintió como si hubiera arrojado sal sobre su propia alma.

Esa noche, después de semanas, abrió su diario. Su mano temblaba. Escribió apenas cuatro líneas:

"El cristal, al romperse, hace ruido para anunciar que algo terminó. Pero el corazón se rompe como el hielo que se derrite en silencio durante la noche… sin que nadie lo note, sin dejar rastro."

Cerró el diario. Ni siquiera escribir le daba consuelo. Estaba roto… pero para el mundo seguía siendo el mismo "chico silencioso".

Capítulo 10: Poniendo distancia

Inaya se quedó inmóvil, como si se hubiera convertido en piedra. Nunca imaginó que Vivaán le hablaría de esa manera. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no dejó que cayeran.

—Lo siento… —dijo en voz baja—. Creí que éramos amigos. Creí que te conocía. Pero quizá Kabir tenía razón… no dejas que nadie entre en tu mundo.

Se dio la vuelta y se fue rápidamente. Vivaán permaneció sentado. Sabía que había herido a Inaya, y ese dolor era incluso más intenso que el suyo propio. Pero también sentía que era la única forma de alejarla… y de evitar romperse por completo.

Aquella tarde comprendió algo: alejar a Inaya era fácil; alejar los recuerdos, imposible. Abrió su diario y vio el retrato que había dibujado de ella. Extendió la mano para romperlo… pero se detuvo.

Kabir entró al cuarto y, al verlo, entendió que algo grave había ocurrido.

—Vivaán, crear distancia no sana las heridas; solo las cubre de polvo. ¿Por qué no le dices la verdad?

—¿Qué verdad, Kabir? ¿Que estoy enamorado de alguien que sueña con otro? No quiero convertirme en alguien digno de lástima ante sus ojos. Al menos en el rechazo… hay cierta dignidad —respondió, volteando hacia la pared.

Vivaán había logrado crear distancia, pero esa distancia lo encerró en una habitación oscura donde incluso su propia sombra parecía cuestionarlo.

Intentar olvidar a alguien resulta más agotador que recordarlo.

Cambió por completo su rutina. Iba al colegio por caminos menos transitados. Se sentaba en un rincón de la biblioteca desde donde no pudiera ver la cafetería.

Ignorar a Inaya era lo más difícil que había hecho. Cada vez que escuchaba su risa, su corazón se detenía por un instante. Pero ahora, junto a esa risa, también aparecía el rostro de Ansh… recordándole su derrota.

Un día, Vivaán estaba sentado en una vieja banca detrás del jardín del colegio, un lugar al que casi nadie iba. Tenía un libro abierto, aunque en realidad solo pasaba las páginas sin leer.

—¿Te estás escondiendo aquí? —la voz de Inaya lo tomó por sorpresa.

No levantó la mirada.

—No me escondo… solo buscaba tranquilidad.

Inaya se plantó frente a él. En sus ojos había enojo… y preocupación.

—Vivaán, ¿qué está pasando? Hace dos semanas que no contestas, que no hablas bien conmigo. ¿Qué hice? ¿Cometí algún error?

Vivaán sintió el impulso de gritarle: *"¡Tu error es ser tan buena! ¡Tu error es haberme dado una esperanza que nunca fue mía!"*

Pero él era Vivaán.

Cerró el libro y, con voz fría, respondió:

—Inaya, ¿por qué todo tiene que girar alrededor de ti? El colegio está por terminar, tengo presión por mi futuro, asuntos en casa… no todo tiene que ver contigo.

Capítulo 11: Cuestionándose

Después de hacer llorar a Inaya aquel día en el jardín, algo dentro de Vivaán pareció morir. Había creído que, al alejarla, encontraría paz… pero no sabía que ponerse la máscara del rechazo pesa mucho más que ocultar el amor.

La azotea del hostal estaba en silencio a medianoche. Vivaán estaba solo, el viento frío rozaba su rostro, pero él no sentía nada. En su mente resonaba una sola pregunta:

"¿De verdad esto era lo que quería?"

Al día siguiente, al mirarse en el espejo, no encontró en sus ojos al Vivaán sereno y reflexivo de siempre. Vio a alguien que, por miedo a sus propias heridas, estaba lastimando a otros.

Se hizo preguntas incómodas:

—¿Mi amor era tan débil que ver su felicidad (con Ansh) me volvió amargo?
—¿Amo a Inaya… o solo estoy aferrado a la idea de tenerla?
—Si ella es feliz sin mí, ¿como amigo debía apoyarla… o abandonarla a mitad del camino?

Comprendió que la había alejado no porque no pudiera verla, sino porque no podía soportar verla con alguien más. Su celosía la había disfrazado de dignidad.

Un día, fuera de la cafetería, vio a Inaya sentada con Ansh. Él intentaba hacerla reír, pero su risa ya no tenía el mismo brillo. Sus ojos vagaban, distraídos.

Vivaán entendió entonces que no solo se había castigado a sí mismo, sino que también había destruido una amistad sincera. Ansh no tenía culpa alguna. Era simplemente la persona que Inaya había elegido. Y ella… ella solo había confiado en él.

En un rincón de su diario escribió:

"El amor verdadero no es el que exige permanecer, sino el que aprende a sonreír mientras se traga su propio dolor por la felicidad del otro."

Algo dentro de él comenzó a cambiar. Entendió que no podía olvidar a Inaya… pero tampoco era justo alejarla. Tenía que dejarla ir—no desde el rencor, sino desde el amor.

Habló con Kabir:

—Kabir, me equivoqué. Convertí mi dolor en culpa ajena. No quiero recuperarla… pero tampoco quiero quedarme en su memoria como alguien amargo.

Kabir le dio una palmada en el hombro.

—Más vale tarde que nunca. Aprende a perdonarte, y entonces podrás perdonar a los demás.

Esa noche, Vivaán durmió en paz por primera vez en mucho tiempo. Decidió que le pediría perdón a Inaya—no para recuperarla, sino para liberarse del peso que lo consumía por dentro.

Capítulo 12: Hacerse a la idea

Los últimos días del colegio se acercaban. Vivaán comprendió que aceptar no es rendirse, sino una forma de victoria: la victoria sobre los propios miedos e inseguridades.

No dejó de mirar a Inaya desde la distancia, pero ya no había celos en su mirada. Ahora la contemplaba como quien observa un atardecer: sabiendo que no puede llevárselo consigo, pero disfrutando su belleza.

Esa tarde abrió su diario. Ya no escribía desde el dolor, sino desde la memoria. Aceptó que Inaya era parte de su historia… pero no toda su historia.

Se dijo a sí mismo:

"Inaya me dio algo que nunca tuve: una voz. Me enseñó que también merezco ser sentido. Si su camino continúa con alguien más, no es mi derrota… es su destino."

Decidió pedirle perdón, no con palabras vacías, sino con acciones sinceras.

La vio sentada sola. Ansh no estaba allí. Vivaán respiró hondo, ajustó sus lentes y se acercó.

Inaya lo miró. Esta vez no había brillo en sus ojos, solo un leve vacío. Estaba a punto de levantarse cuando él habló:

—Inaya, solo dos minutos.

Su voz había recuperado aquella calma de antes, sin rastro de dureza.

Ella se detuvo.

—Lo que dije aquel día no fui yo… fue mi dolor hablando. Siempre has sido una gran amiga, y yo traicioné esa amistad por mis propias inseguridades. Si puedes perdonarme, hazlo… y si no, al menos quiero que sepas que tu amistad fue lo más valioso para mí.

Inaya lo observó con atención. Volvía a ver en él la serenidad que había conocido. Sus ojos se humedecieron.

—Vivaán… nunca te pedí nada más que tu amistad. Y de pronto me hiciste sentir como una extraña…

Vivaán sonrió con suavidad.

—No te estaba alejando, Inaya… estaba buscándome. Y ahora, creo que me encontré.

A partir de ese día, sintió que un gran peso se había desprendido de sus hombros. Dejó de huir al ver a Inaya con Ansh. Incluso habló con él y descubrió que, en efecto, era una persona noble y sencilla.

Entonces entendió algo esencial: el amor no es posesión… es respeto.

Respetó la elección de Inaya, y a cambio encontró la paz que tanto había buscado en los pasillos del colegio.

Esa noche, escribió en su diario:

"Aceptar es difícil, pero es la llave que te libera de la prisión que tú mismo construiste. Ella no es mía… pero existe, y eso es suficiente."

Capítulo 13: El último encuentro

La despedida del colegio se celebró en el mismo césped frente al auditorio donde tantos momentos de esta historia habían cobrado vida. Todos estaban arreglados para la ocasión. Vivaán llevaba una sencilla camisa azul que, ahora, parecía encajar con su personalidad serena mejor que nunca.

Ya no se ocultaba entre la multitud. Conversaba con Kabir y otros compañeros. Su silencio seguía ahí, pero ya no era soledad… era profundidad.

Inaya, vestida con un sari rojo, parecía salida de una película clásica. Junto a Ansh, llamaba a todos para tomarse fotos. Vivaán la observó desde lejos y sonrió. Esta vez, en esa sonrisa no había dolor.

Entonces Inaya lo vio. Le dijo algo a Ansh y caminó hacia él.

—¿Hoy también te quedarás en un rincón en silencio, o dirás algo sobre tus recuerdos? —preguntó en voz baja.

Vivaán la miró con calma.

—Ahora me faltan palabras, Inaya. Pero no, hoy no estoy en un rincón… solo estoy viviendo este momento.

Ambos caminaron hacia aquella vieja banca donde, por primera vez, habían hablado del guion. El silencio los acompañó, pero no era el silencio amargo de antes. Era un silencio pleno, de entendimiento.

—Vivaán, ¿qué harás después del colegio? —preguntó ella.

—He comenzado una pasantía en una editorial. Y sigo trabajando en mis historias… quizá ahora mi silencio encuentre páginas —respondió, mirando el horizonte.

Inaya se detuvo frente a él.

—Nunca te lo dije, pero aquello que escribiste sobre mis “hábitos no dichos” me cambió. Me mostraste un espejo que nadie más habría podido mostrarme. Me siento afortunada de que hayas sido parte de mi vida.

Vivaán sostuvo su mirada. Ya no había confusión.

Tomó su mano suavemente, como un amigo que se despide.

—Yo también soy afortunado, Inaya. Me enseñaste que incluso el amor no correspondido puede completar a una persona. Gracias… por ayudarme a encontrarme.

Inaya lo abrazó. Fue un instante breve, pero para Vivaán significó el cierre de todo un camino. No había reclamos ni deseos ocultos, solo gratitud.

Ella regresó junto a Ansh. Vivaán la vio alejarse, sin apartar la mirada, hasta que desapareció entre la gente.

Esa noche, bajo los fuegos artificiales, sacó de su bolsillo el viejo separador y lo dejó sobre la banca. Ya no le pertenecía. Era un recuerdo que volvía a su origen.

Se quedó con las manos vacías… pero con el corazón lleno.

Capítulo 14: Mi resiliencia

Sentado junto a la ventana de un pequeño café, Vivaán esperaba su café mientras afuera caía una lluvia ligera. Sobre la mesa reposaba un ejemplar de su primer libro: *“Hacia ti, pero sin decirlo.”*

Abrió la primera página y leyó aquellas palabras que había tejido con noches de insomnio y silencios profundos.

Ya no era el chico que se escondía en los rincones. Seguía hablando poco, sí, pero ahora su silencio no era timidez… era paz.

Había encontrado la respuesta a la pregunta que lo acompañó desde el inicio:

"¿Seré suficiente para alguien?"

Comprendió que, antes que nada, debía ser suficiente para sí mismo. Y ahora lo era.

Su teléfono vibró. Una notificación: Inaya había compartido una foto de su libro. El mensaje decía:

"Para la persona que entendió mis silencios mejor que yo misma. Estoy orgullosa de ti, Vivaán."

Una sonrisa tranquila apareció en su rostro. No dio “me gusta”, no comentó. Simplemente apagó la pantalla. Ya no necesitaba esa validación que alguna vez anheló.

En la mesa contigua, una pareja conversaba. El chico intentaba decir algo, mientras la chica solo sonreía. Vivaán recordó su pasado… pero esta vez, sin dolor.

Sacó su diario y escribió en la última página:

"Las historias suelen terminar en uniones o despedidas. Pero la vida real comienza cuando, tras perder a alguien, te encuentras a ti mismo.

Amar es destino… pero comprender el amor y dejarlo libre es devoción."

Salió del café. La lluvia había cesado y el aire olía a tierra mojada. Respiró hondo. Aún recordaba a Inaya, pero ese recuerdo ya no era una herida… era como una canción antigua que regresa de vez en cuando.

Su teléfono sonó. Era Kabir.

—¡Hermano! Tu libro es un bestseller. ¿Cuándo celebramos?

Vivaán rió suavemente.

—Cuando tú digas, Kabir… pero hoy no. Hoy quiero quedarme un rato con esta calma.

Caminó por la calle inundada de gente. Ahora él era parte de esa multitud, sin perder su esencia.

No obtuvo a Inaya. No obtuvo el amor que esperaba.
Pero consiguió algo aun más importante: a sí mismo.

Se detuvo un momento y, en voz baja, se dijo:

—Sigo estando bien… y mejor que nunca.

Algunas historias no quedan incompletas; simplemente su mejor final no sucede a nuestro lado.

Quien se fue, quizá lo hizo porque ese era su destino. Y quien se quedó, lo hizo porque era ese su camino.

Tal vez… así debía ser.